



**VI CONCURSO DE
RELATO BREVE
OSVALDO
SORIANO**



**FACULTAD DE PERIODISMO
Y COMUNICACION SOCIAL**
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

LITIN
laboratorio de ideas y textos
inteligentes narrativos

Ediciones EPC
de Periodismo y Comunicación

ANTOLOGÍA
VI CONCURSO DE
RELATO BREVE
OSVALDO
SORIANO



**FACULTAD DE PERIODISMO
Y COMUNICACION SOCIAL**
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

LITIN
laboratorio de ideas y textos
[inteligentes narrativos](#)

Ediciones EPC
de Periodismo y Comunicación

Edición: Marina Arias
Diseño y maquetación: Franco Dall'Oste

 **Ediciones EPC**
de Periodismo y Comunicación

Editorial de Periodismo y Comunicación
Diag. 113 N° 291 / La Plata 1900 / Buenos Aires / Argentina
+54 221 422 3770 Interno 159
editorial@perio.unlp.edu.ar / www.perio.unlp.edu.ar
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata

Índice

PRÓLOGO 8

CATEGORÍA: MAYORES DE 35

“CON UN PALO EN LA MANO” - GANADORA 14
de Mariana Viñas

“EL QUE ABRE PUERTAS” - 1RA MENCIÓN 17
de Diego Fabián Gómez

“EL GIL” - 2DA MENCIÓN 20
de Rodrigo Peralta

“EL CANTO DE LOS PÁJAROS” 24
de Sebastián D´ Ippolito

“LA ADIVINANZA” 27
de Cristian Acevedo

“LO QUE APRENDÍ DE MABEL” 31
de Ianina Trigo

“NILDA” 34
de Luciana Balanesi

“RUTA 14” 38
de Javier Esteban González Andújar

“RUTINA” 41
de Germán Fessia

“VENAS ABIERTAS, PERSIANAS CERRADAS” 45
de Fernanda Rodríguez Briz

CATEGORÍA: MENORES DE 35 AÑOS

“MI PADRINO Y UN FINAL PARA NADIE” - GANADOR 50
de Branco Troiano

“BRINDIS” - 1RA MENCIÓN 54
de Matías Juan Molfino

“EN EL BALCÓN” - 2DA MENCIÓN 58
de Camilo Romero

“EL COLOR DE LAS AMAPOLAS EN ENERO” 61
de Fabiana Angela Duarte

“EL CUERPO Y EL SUEÑO” 65
de Santiago Camaño

“EN EL MISMO LUGAR” 68
de Nahuel Billoni

“SIGUIENDO EL SURCO” 71
de Juan Ignacio Randle

“TANQUE”	75
<i>de Elisa Mayorana</i>	
“TIN-TÁ”	77
<i>de María Laura Escobar</i>	
“VIDA”	81
<i>de Paola Andrea Rinetti</i>	

PRÓLOGO

Un joven Lacan se encuentra en un pequeño bote junto a un amigo. Aburridos, permanecen en silencio en medio de esa inmensidad acuática. Entonces aparece una lata de sardinas flotando en la superficie del agua. La luz del sol se refleja fuertemente en la lata, y el amigo le comenta a Lacan que él podía ver aquella lata, pero que la lata no podía verlo a él. Cuenta Lacan años más tarde en uno de sus famosos Seminarios que ese comentario casual y estúpido lo llevó a pensar que la lata de sardinas en realidad también podía mirar a su amigo ya que, desde lo que después fue su teoría de la mirada, la luz siempre produce visibilidad. Un rayo de luz puede interpretarse como mirada, incluso en ausencia de un hombre físico, real, tangible. Cuando estoy siendo iluminado por la luz

estoy siendo alcanzado por la mirada del otro. Como no podemos escapar a la luz, no podemos escapar a la mirada del otro. Para sentirnos mirados alcanza con el reflejo de la luz que produce una lata de sardinas perdida en el medio del océano.

Pensar en los concursos literarios, en participar, en organizarlos nos recuerda esta vieja anécdota marítima de Lacan. Los concursos son esa lata que nos mira, ese hipotético otre, y también, si las cosas llegan a buen puerto, una buena plataforma de lanzamiento de una carrera de escritura.

En estos dos libros (Analogía V y Analogía VI) se encuentran los ganadores de las ediciones 2017 y 2018 del "Soriano", y la historia sigue. No son muchos los concursos que logran mantenerse a lo largo de los años. En nuestro caso nos gusta presenciar cómo cambian los registros, también las temáticas, los tiempos, los cuerpos. Más que una radiografía de la sociedad, muchas veces los relatos de este concurso son un mapa deforme, antojadizo y especulativo, es decir: todo lo que hace que una literatura sea buena.

Como en las anteriores ediciones, queremos agradecerle profundamente a nuestra Facultad por confiarnos una misión tan linda como lo son tanto el concurso como el

libro. A todes les jurades que participaron generosa y desinteresadamente. Y a les querides litines que nos ayudaron año a año para hacer esto realidad: Franco Dall'Oste, Silvana Casali, Florencia Di Paolo, Paloma Baldi y Rebecca Deandrea.

Marina Arias y Ulises Cremonte (Directores del LITIN)

VI CONCURSO DE RELATO BREVE

“OSVALDO SORIANO” (2018)

Jurados: Marina Arias, Ángel Berlanga, Nicolás Hochman y Ulises Cremonte

CATEGORÍA: MAYORES DE 35

PRIMER PREMIO:

“CON UN PALO EN LA MANO”

de Mariana Viñas

Lo de las fotos y las ratas pasó el mismo día. Un día de ese verano en que papá estuvo sin trabajo y se lo pasaba todo el día en casa en calzoncillos.

Mi hermana Fer entró desde la calle, había estado sentada sobre el tapial esperando que pasara Eduardo. Entró rápido pero sin correr y fue directo a la cocina donde mamá terminaba de lavar los platos del almuerzo. Apenas le dijo, mamá pegó un grito llamando a papá por su nombre. No, viejo, o papá, como ella también le decía a veces, sino, Jorge.

Mamá empujó a mi hermana hacia el cuarto para que repitiera lo que acababa de contarle. La empujaba por la espalda obligándola a dar pasitos cortos para no caerse de boca al piso. No dejaba de gritar el nombre de papá. Yo

las seguía a unos metros de distancia. Mamá le dio a Fer el último empujón y la metió en el dormitorio donde todo estaba oscuro.

Papá se sentó en la cama, lo único que se vislumbraba eran sus calzoncillos blancos, como una nubecita baja. Mi hermana le contó que le habían mostrado fotos de personas desnudas. Papá le preguntó quién, cuándo, dónde y le sacudió con fuerza los hombros. Después se paró y salió corriendo hacia la calle. Estaba a punto de cruzar el tapial, cuando mamá llegó desde adentro agitando una toalla y gritándole que se tapara. Papá la agarró y se la puso alrededor de la cintura. Lo vimos alejarse hacia el lado que le había dicho Fer, la toalla era la de Blancanieves que usaba yo para salir de la pileta.

Cuando llegó a la esquina miró hacia adonde estábamos nosotras y con gestos preguntó para dónde, pero mi hermana se había quedado adentro. Volvió dando saltos, buscando cualquier cuadrado de sombra y dijo que ya no se acostaría de nuevo.

A las ratas nunca las habíamos visto, pero mamá solía encontrar cosas mordidas en la cocina y había que guardar todo en la heladera, hasta las galletitas. No sabíamos de donde venían, pero lo descubrimos el mismo día que pasó lo de las fotos de las personas desnudas. Vivían bajo el piso

del dormitorio de mis padres que era el único de la casa con piso de madera y un hueco abajo y, lo descubrimos gracias al estirón que había pegado Fer ese verano.

La noche anterior, mamá había dejado la costura sobre uno de los sillones del living, tenía que alargarle a Fer el dobladillo del guardapolvo. Después de cenar se lo había hecho probar, y con alfileres que iba sacando de su boca, marcaba la nueva altura. Mi hermana protestaba porque la marca anterior se notaba mucho, pero mamá le prometió que después del planchado sería invisible. Cuando nos fuimos a dormir y todo estuvo oscuro, las ratas arrastraron el delantal hacia un pequeño hueco en el zócalo. Mamá lo vio por la ventana, a la mañana siguiente, mientras tomaba mate y regaba las plantas del patio. Tuvo que venir papá a levantarlo y tironear para sacarlo del agujero. La tela estaba rota y sucia. Mi hermana lo miró y les dijo que tendrían que comprarle un guardapolvo nuevo. A la tarde pasó lo de las fotos.

Esa fue la primera noche de aquel verano que papá se quedó sentado delante del agujero con un palo en la mano.

PRIMERA MENCIÓN:

“EL QUE ABRE PUERTAS”

de Diego Fabián Gómez

¿Que quién soy?

Me dijeron de todo: mago, idiota, genio, Toti, enfermo, tarado, fenómeno.

Cuando estoy de espaldas me llaman así y de algunas otras maneras que no me gustan o no me acuerdo. La cosa es que yo sé quién soy.

Soy el hijo de Lula. El tercero de sus hijos (o el quinto, si contamos a mis dos hermanos que murieron). Ella me dice siempre Toti. Pero a veces me dice estúpido. Eso lo escucho con las dos orejas, pero con ésta a veces la escucho desde más lejos. Porque esta oreja escucha de lejos, y escucha cosas chiquitas además.

Tengo unos cuantos amigos. Con ellos salgo a pasear a la noche a veces. De día no. Ellos me dicen que mejor me

quede en casa porque el sol me va a hacer mal en la calle. Después se ríen. Debe ser que les causa gracia que el sol me queme. Pero yo quería salir, usar la puerta. Eso sí me gusta, pasar por las puertas. Para eso soy bueno, sí, y además me gusta.

Todo empezó un día cuando mi hermano Tolo, el que era tercero antes que lo matara la yuta, me encerró en el baño. Cerró con la llave y yo escuché cómo la puerta (adentro, como cuando me hace ruido la panza cuando tengo hambre) hizo un ruidito. Entonces agarré una hebilla de mi hermana y la metí en el agujero y la abrí. No me acuerdo como hice, pero me salió así. Después él me hizo hacerlo de nuevo y lo llamó a Tavo, mi otro hermano. Entonces me hicieron abrir otras puertas. Y candados. Los abrí todos. Tavo me dijo que era muy inteligente y eso me gustó mucho. Después les contó a los amigos y ellos después fueron mis amigos y empecé a salir de noche con ellos. Lo único que tenía que hacer era abrir las puertas y los candados. Entonces me decían genio aunque si me daba vuelta me decían de otras maneras.

Salíamos y caminábamos mucho. A veces íbamos en auto. Una vez, que fue la más divertida, abrí la puerta de una panadería. Otra vez, había ropa para mujeres atrás del vidrio que se veía desde la vereda. Y al final siempre

salíamos corriendo. El que siempre me ayudaba a correr era Chono. A él lo mató la cana, me dijo Cacho un día que pregunté por él porque hacía mucho que no lo veía.

La otra noche fuimos a un negocio lleno de computadoras. Tavo me dijo que eso era un desafío y que capaz eran puertas difíciles de abrir. Pero nada que ver. Las abrí porque yo escucho las puertas. Sé dónde hacen clic-clic y sé dónde tocarlas para que se abran.

Y ahí vino la policía antes que empezáramos a correr. Se llevaron a mis amigos y a mis dos hermanos, los que no estaban muertos. A mí me llevaron a un hospital. No sé por qué, si yo no estoy enfermo.

Ahora estoy acá, solo, en una pieza. En el hospital hay mucha gente rara. Escucho que les dicen locos, idiotas, enfermos, estúpidos, como me decían a mí.

Esta noche quiero salir. Hay muchas puertas hasta la calle. A lo mejor este es el desafío del que hablaba mi hermano. Cuando encuentre dos alambrecitos me voy a mi casa. Yo sé quién soy. Toti, el que abre puertas. Todas las puertas.

SEGUNDA MENCIÓN:

“EL GIL”

de Rodrigo Peralta

Una señora rubia, con tacos, anteojos y la cartera apretada bien firme bajo el brazo. Dos flacos, vestidos de oficina y tomando café en vasos de plástico. Un grupo de chicas con uniforme gris y hablando a los gritos. Una mujer que lleva de la mano a una nena, que lleva un globo rojo metalizado con la forma de un animal que no conozco. La nena me mira y camina más despacio. La madre le tira de la mano. “Vamos”, le dice. La nena avanza, pero gira la cabeza para mirarme. “¿Mami, qué le pasa al señor?”, escucho que pregunta. “Shhh”, contesta la madre y vuelve a tirarle de la mano.

Sonrío y me quedo mirando cómo se alejan. Antes de cruzar la calle, la nena vuelve a mirar para atrás y la saludo. No sé si ella me devuelve la sonrisa. Espero que sí.

A lo lejos se acerca una parejita. Ella tiene el pelo teñido de fucsia y un *piercing* en la nariz. Él tiene un pañuelo de esos blancos y negros, medio árabes, alrededor del cuello. De un lado le cuelga un bolso, del otro una matera. Usa unos jeans celestes, gastados, casi blancos. Ella tiene una minifalda y calzas negras. Los dos usan Topper blancas. Cuando están cerca, estiro la mano.

—Flaco, una monedita para comer.

Él se para, busca en los bolsillos y saca un billete de dos pesos. Lo estira, lo alisa y me lo da con algo bastante parecido a una sonrisa. Se alejan. Ella lo abraza y le da un beso. Me guardo el billete en el bolsillo.

—¿Cuánto te dieron?

Miro al viejo tirado en el colchón. Pensé que dormía. Saco el billete y lo meto en la lata.

—Dos pesos.

—¿Y el resto?

—Poco. No alcanza para nada todavía.

El viejo se sienta y se apoya contra la pared. Bosteza y eructa, todo al mismo tiempo. Después se pasa la mano por la barba desprolija de pelos blancos. El bigote es de un color marronoso, casi anaranjado, manchado por años de cigarrillo.

—Tenés que poner cara de lástima —me dice.

—¿Más?

Se ríe y saca dos galletitas del paquete. Las últimas *dos* galletitas del paquete. Lo miro pero no digo nada. El viejo come la primera en silencio y mira la segunda. Tiene la barba llena de miguitas.

—Tomá —dice mientras me alcanza la galletita.

La agarro y la como despacio, mirando los autos que pasan por la avenida. Cuando termino, tomo un trago de la botella y se la paso.

—Tenés que ser más despierto —me dice después de tomar un poco—. Estás muy fresco todavía. Acá mandan los vivos y el que no... —hace un gesto con el índice sobre el cuello y saca la lengua—. ¿Entendés?

Asiento con la cabeza. Un colectivo se acerca a la parada y abre la puerta. Una señora le hace señas para que se acerque más al cordón. El colectivero cierra la puerta y arranca.

—Mirá a ese hijo de puta —dice el viejo—. Les das un poquito de poder y se la creen.

La señora le hace señas a otro colectivo, pero tampoco se acerca. Al final toma un taxi.

—Hijos de puta —repite el viejo y se acuesta.

El triple *pling* en la lata me llama la atención. Miro para arriba y veo alejarse a una chica que habla por teléfono.

Tiene una guitarra colgada del hombro derecho. En la lata hay tres monedas de dos pesos. Miro al viejo, que respira y ronca. El bigote manchado se mueve adelante y atrás sobre su boca abierta. Me hace acordar a los dibujitos que veía de chico. Agarro dos monedas y me las guardo en el bolsillo.

FINALISTA:

“EL CANTO DE LOS PÁJAROS”

de Sebastián D´ Ippolito

La tarde que te escuché reír tenía ocho años recién cumplidos. Faltaba una semana para el comienzo de clases y hacía mucho calor. Me acuerdo que estaba jugando a hacer lluvia con la manguera cuando la abuela salió al patio y dijo:

–Vení Esteban, quiero mostrarte algo.

Me sequé los pies en el trapo de pisos, escurrí los bordes de la malla y entré. Ella estaba acomodada frente al televisor.

–Sentate acá- dijo mientras hacía círculos con la palma de la mano sobre el almohadón.

–Pero voy a mojar todo...- le respondí mirando las gotas que ya habían caído sobre el parqué.

–¡No importa!, ¡dale, vení!

Era raro que a la abuela no le importara algo. Yo no entendía que era lo que estaba pasando pero ni bien me abrazó me di cuenta que estaba triste. Lo supe por el ruido de su respiración. Como si tuviera mocos en el pecho o como si la gaseosa se le hubiera ido por el otro cañito.

–Encontré este video en el altillo, es de tu mamá- dijo y me apretó el hombro.

Tosió fuerte tres veces, estudió el control de la video y tocó el botón de la flecha roja. La pantalla tenía barritas de colores y se escuchaba un zumbido parecido al de una mosca.

Hasta que de golpe apareciste vos. Habías puesto la cara tan cerquita de la filmadora que creí que ibas a tocar el vidrio de la tele con la nariz. Los pelos largos, llenos de rulos. Estabas más grande que en las fotos. La imagen era en blanco y negro pero se notaba que tus ojos eran verdes como los míos. De repente, miraste al costado de la cámara y preguntaste:

–¿Estás grabando?

Tu voz era más gruesa de lo que siempre había imaginado. A veces, cuando no puedo dormir, trato de armar un mensaje con el sonido de esas dos palabras: ¿Estás grabando?-¿Estás?-¡Estás grabando!-¡Estás!

La persona que filmaba te debe haber dicho que sí con la cabeza y vos empezaste a hacer morisquetas. Sacabas la lengua, inflabas los cachetes, te ponías bizca. Y después, te largaste a reír. Fue una risa que empezó a crecer y a crecer hasta convertirse en carcajada pura. Tenías los cachetes y las cejas tirantes para arriba, la boca abierta buscando aire. Yo esperaba que dijeras algo más, quería escuchar de nuevo tu voz. Que contaras de qué estabas tentada, qué era lo que te hacía tan feliz. Pero de a poco te empezaste a perder. Las hormigas grises taparon tu cara, la imagen parpadeó dos veces y finalmente te fuiste. La abuela apagó la tele, me peinó el flequillo mojado con los dedos y se metió en la cocina.

Tuvieron que pasar muchos años para que pudiera entender que no me habías dejado. No era que no querías volver, si no que no podías, como no puede nadie. Hoy, sé muy bien que no vas a aparecer mostrando los dientes igual que en el video. Solo me queda el sonido de tu risa. Ese eco rebotando en las paredes de mi cabeza.

A veces pienso que soy como esos biólogos que se internan en la selva a identificar a los pájaros por su canto. Porque vaya adónde vaya, lo primero que hago es parar la oreja y ver si tu risa está ahí. En la escuela, en el cine, en los bares, en todas las reuniones.

FINALISTA:

“LA ADIVINANZA”

de Cristian Acevedo

Se encontraban todas las tardes, desde hacía más de tres años, en aquel solitario banco de plaza. Más de mil días, sin faltar uno sólo.

La primera vez, él tenía ochenta años. Ella, algunos menos. Mil días y más. Compartiendo las tardes. Gozando del privilegio de la mutua compañía. Viviendo.

Desde el primer encuentro, cumplieron con el ritual diario de encontrarse a las seis de la tarde; de ubicarse cada uno en su extremo del banco antes negro, ahora oxidado; de pronunciar el saludo de siempre:

—Un día más —decía él.

—Un día menos —decía ella.

El saludo, así como el banco, la plaza, la hora, también era siempre el mismo. Aunque a veces era ella quien decía:

—Un día más.

Y él respondía con su santo y seña:

—Un día menos.

Pero, también, había otro ritual. Uno que, quizás, explicaba por qué, durante tres años, no habían faltado siquiera una sola vez: la adivinanza.

La adivinanza había sido la forma en que él logró acercarse a ella la primera tarde.

—Soy un viejo terco —le había dicho él, al tiempo que se sentaba al lado de ella—. Pero prometo no molestarla si resuelve una adivinanza.

—Que es viejo ya lo había advertido —respondió ella aplastando el monedero contra su regazo.

Él no le respondió. Pronunció la adivinanza. Despacio. Igual de lento como lo haría por tres años más a partir de aquel día:

“Bajo las redes del viento voy, pero prefiero no volar. Jamás de los jamases sabrá quién soy, aunque soy dulce como el mar”.

Ella lo miró, frunció el ceño y dijo:

—De nuevo.

—Él volvió a recitarla. Y ha estado recitándola por más de

tres años. Y acaso ella ha intentado durante todas estas tardes resolverla.

Así hasta ayer.

Después de poco más de tres años, él —quizás porque a los ochenta y tres uno no quiere conservar secretos nuevos— dio la respuesta a la adivinanza antes que ella preguntara la pregunta de siempre.

“¿Seguro que no es una fruta?”, arriesgaba en broma ella. Pero antes que ella hiciera esa pregunta, que también formaba parte del ritual, él lanzó la respuesta al aire. Y apenas terminó de decirlo, él sintió que acababa de traicionar tres años de su vida. De la vida de ella que, gracias a aquella adivinanza, había sido, al menos en parte, un poco suya también.

La tarde transcurrió en silencio.

Ella no dijo nada más.

Él no pretendió hablar tampoco.

Tres años. Y en un chasquido él los había convertido en nada con la facilidad con que el viento derriba un castillo de naipes. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué había desbaratado aquello que había conseguido unir a dos desconocidos, a dos viejos? ¿Por qué había destruido lo que, de alguna manera, los había salvado de la soledad, de la muerte misma?

No lo supo.

Y decidió no hurgar demasiado.

Un rato más pasaron en ese banco, que alguna vez había sido de ellos. Hasta que, trabajosamente, ella se levantó.

Lo miró por un segundo apenas.

—Un día más —dijo. Y se marchó con una sonrisa a las claras fingida.

Él la vio irse. Cuando quiso responder, ya era tarde: ella ya se había ido.

A la tarde siguiente, ella no apareció.

Él la esperó unos minutos. No más de diez: íntimamente sabía que ella no iría, que el ritual se había roto.

Él había imaginado ese momento, el de la resolución, muchas veces. Pero jamás de los jamases, como decía la adivinanza, había sospechado que con la solución del enigma llegaría también, y otra vez, el vacío, la ausencia.

¡Qué estúpido!

Comprendió que no volverían a verse. Nunca.

Supo también que otra vez ya nada tenía sentido.

Un día más, murmuró.

FINALISTA:

“LO QUE APRENDÍ DE MABEL”

de Ianina Trigo

Resulta que un día estás pensando en pavadas, mirando el río por la ventana. A mí me gusta andar sin ropas por mi casa, asomarme a la ventana para mirar el río –esa franjita amarronada que hace de horizonte– y pensar si es posible que ese señor de traje oscuro que espera el colectivo en la vereda de enfrente me adivine desnuda. Con Santi descubrí el otro, maravilloso Río, por primera vez. Y él me dijo que me quedaba muy bien. El hilo de los pensamientos me lleva a prender palo santo para ahuyentar a los malos espíritus como me enseñó Norma, la portera de Loria. Y en ese encadenamiento de lógica propia, inescrutable, recuerdo que en un almuerzo familiar comprobé que si comés sandía con vino no te morís. Sabe horrible, pero morirte no te morís. Son esos saberes que sirven para la

vida, como la regla de tres simple de la escuela primaria. O, por ejemplo, es muy útil en reuniones de trabajo indicar que las avenidas Rivadavia, Warnes, La Plata, Dorrego, Caseros y Constituyentes le cambian el nombre a las calles que las cruzan, con algunas pocas excepciones. Y en los cumpleaños, tanto comentar que Tatoonie tiene dos soles y tres lunas conocidas como que los hermanos Expósito se llamaban Homero y Virgilio en claro homenaje a los poetas griego y romano –respectivamente– pero que su apellido proviene de que su padre era huérfano y se crió en la casa de los niños expósitos, en Zárate, son excelentes disparadores de temas de conversación. De ahí es un paso a mi amiga Virginia, que me explicó que cuando hay una sobredosis de pena te hacen reiki en los riñones y entonces te ponés contento cuando hacés pis. Como llorar por las partes viene a ser, sin mocos ni estertores. Autodidacta supe que del amor que se termina lo que más duele es que deje de doler. Eso fue después de que un desconocido que me vio llorar desconsoladamente en una plaza me mirara a los ojos y me prometiera que todo pasa. Justamente con Federico, mi primer novio, convinimos en que cuando se te llenan los ojos de lágrimas podés echarle la culpa al viento. De mi papá obtuve que para llegar falta menos que antes y de las novelas medievales que el

honor a veces se parece a la injusticia, pero la lealtad... Con Pato siempre lo decimos "el código se respeta". Por eso mi amigo Cristian, boy scout en la Patrulla Lobo, que me instruyó acerca de esa lámpara fluorescente anular en la que yo veía una potencial bomba, chapitas, cablecitos de colores, cosos con patitas: ese es el arrancador, ese es el balasto, las chapitas son los zócalos. No fue así con los hinchas de Lanús. Conocí a dos, uno me robó historias y el otro la alegría. Es imperdonable que te roben la alegría. Como la mentira o la traición. Si no fuera por el verano y mi abuela, admirado ejemplo de todo, el mundo sería definitivamente hostil. Pobre mi abuela, eximia tejedora (vistió durante años a todos los niños del barrio y alrededores) trató de enseñarme a tejer. Yo, que la veía hacer magia con dos agujas y un ovillo, en tres meses logro hacerte una bufanda a dos colores y en punto arroz (bueno, al menos supero el santa clara). Pero eso sí, enseguida te saco la tanada, leche hervida que desborda y listo, ya pasó todo, cómo te quiero, perdoname si te grité. Y una tarde vino Mabel con su estúpido librito de origami, me mostró los 21 pasos de las grullas y me dijo que los japoneses –que están locos– aseguran que si hacés mil grullas se te cumplen los deseos. Veintiún mil dobleces son mil grullas. 21.000. Voy por la segunda.

FINALISTA:

“NILDA”

de Luciana Balanesi

Había olor rancio. Nilda la hizo pasar. Se sentó en el banco de madera, *derecha y con la pera apuntando al florero*, la espalda apoyada en la pared despintada, se sacó los zapatos, apoyó los pies *perfecto bonita así* sobre la despeluchada alfombra de baño, *no no no la otra mano si sos diestra* la mano izquierda relajada sobre la rodilla, respiró hondo *largá al aire por la boca* y sostuvo, *firme perfeeeeecto* un extremo de la cinta roja. El otro extremo lo sostenía Nilda quien fue recorriendo la distancia que la separaba de la chica, con el brazo, de codo a dedo mayor. Cuando terminó, con el índice de su mano arrugada, le hizo, susurrando, una señal ¡En la frente! Estás fatal. La chica suspiró.

Se quedó sola en el ambiente que hacía de cocina living

comedor. Observó el lugar, respiró el denso aire, se detuvo en la colección de platos en una pared. Vio las fotos de un hombre de cara redonda y peluquín al lado del gran florero de vidrio, en el centro de mesa, levantó las cejas, luego frunció el ceño. Se escuchaban una radio y los gritos de los chicos que había visto en el pasillo antes de entrar. Se acercó a la jaula en que un gorrión se hamacaba. *Vas a tener que volver.* Nilda volvió y le dio un papel escrito en manuscrita. *Toma mucha agua.* Despidió a la joven pero antes de dejarla salir, con un gesto ágil y sutil la invitó a dejar propina en la lata de duraznos que, con la inscripción de "a voluntad", había en una repisa.

Nilda cerró la puerta, fue a su habitación, se puso el camisón. Luego se acostó poniéndose un paño mojado en la frente. *Qué empacho espantoso.* Subió el volumen de la radio que había sobre la mesa de luz, entre los portarretratos habitados por fotos en blanco y negro. Escuchó un tango. Lo bailó dibujando pinceladas en el aire con las manos.

Al rato se sentó, se calzó las chinelas y en la cocina puso a calentar la plancha. Cenó bife con tomate sin condimentar. Lavó, secó y guardó los platos en el bajo mesada de puertas cortinadas. Se preparó un té con limón. Lo tomó. *No te voy a molestar en toda la noche.* Tapó la jaula con

una funda floreada. *Vas a ver*. Sentada otra vez en la cama se destrenzó el pelo y lo desenredó. Bostezó al son de un *buenas noches*. Apagó la luz del velador de flecos y pantalla floral.

Nilda vociferó dormida. Se despertó en plena madrugada. Se levantó, de pasada quitó la funda de la jaula *buen día*. *¿no saludas?* fue al baño, salió *disculpa, te desperté*. En su habitación prendió la radio, se recostó a escuchar noticias. Cuando el gorrión cantó se levantó. Hizo un mate cocido con leche. Rumió dos rodajas de pan, cambió el agua y puso alpiste al pájaro. Se puso un solero floreado, el pájaro pió. *Gracias, sé que te encanta*. Salió.

Apenas pasadas las nueve volvió. El teléfono sonaba. El gorrión volaba en la jaula de un rincón a otro. *Me necesitan* pero no lo atendió. Fue al baño. Cuando salió levantó el tubo. –¿Nilda? – timbreó una voz, *si soy yo* se sacó un zapato *aha* se sacó el otro *¿cómo se llama?* se sentó *dejala descansar* apoyó un codo sobre la mesa y acomodó el mantel bajo el florero *ya la curo*, sacudió unas migas tirándolas al piso *en quince minutos*. Cortó. Se rascó el codo.

Fue a su cuarto diciendo una oración. Bostezó. Guardó en la heladera la bolsa que había dejado sobre la mesa al regresar. Volvió a bostezar. El gorrión saltaba en la jaula

el que no llora no mama, tenías razón. Abrió el ventiluz de la cocina *dormí horrible culpa del bife tan duro.* Tomó un cofre de cenizas del florero que hacía de centro de mesa, *hoy vamos a comer rico mi amor,* Lustró el cofre con la falda del vestido, *lo besó, me dieron un churrasco de lomo para compensar,* dejó las cenizas del marido en su lugar. Se dispuso a limpiar, sonó el teléfono. Atendió. *Siii ya la curé.* Miró la hora en el reloj a pila que latía segundos en la pared sobre el marco de la puerta. Estaba apurada, a las diez venía su primer cliente. Tenía que quitarle tres verrugas.

FINALISTA:

“RUTA 14”

**de Javier Esteban González
Andújar**

Era la primera vez que íbamos a verlos a Entre Ríos. La relación con los tíos no era tan estrecha y siempre eran ellos los que venían a visitarnos a la capital. Carlos, mi tío, insistió en llevarnos a dar una vuelta para mostrarnos el pago. Realmente no me interesaba ir, a decir verdad no me interesaba estar ahí en absoluto. Aquella promesa tácita de una aburridísima tarde de verano se cristalizaba finalmente gracias a ese paseo, con todo y chicharras sonando de fondo.

Salimos en el viejo Falcon. Sin aire acondicionado, por supuesto. Mi tío iba al volante, en el asiento de atrás parloteaban mi madre y mi tía. Y el aburrimiento empezó sin más preámbulo. El viejo empezó a enumerar la vida y obra de cada vecino por cuya casa pasábamos:

“Acá vivía doña Olga, que se casó con don Felipe. Don Felipe era el segundo hijo de Antonio, el compadre de tu abuelo. Seguro que tu madre te habrá contado de don Antonio —ni la menor idea tenía yo sobre ese tal Antonio, pero eso no me impidió asentir con la cabeza, asentir con la cabeza se convertiría en un elemento clave de aquel paseo—. Vivieron acá hasta que tuvieron que vender el lugar cuando Juanita, la menor de sus hijas, se enfermó. Tenía asma, Juanita, y no podía seguir su tratamiento en el pueblo”. Escuchamos al menos otras veinte historias como esa antes de dejar el caserío.

Creí que el suplicio terminaría al salir a la ruta, pero me equivoqué. El tío empezó a hablar sobre una de las fincas que habíamos pasado, y sobre todas las historias que en ella se habían engendrado desde los años 30 hasta la fecha. Sin pasar por alto obra y milagro de todas las familias que habían habitado aquel lugar.

Era hastío en una tarde llena de repasos por los aburridos logros de amistades de gente desconocida. Con todo detalle, hasta con nombres y apellidos, replicándose de padres a hijos, a nietos y hasta a biznietos, la amplia mayoría a dos metros de profundidad. La humana resultó ser una especie de lo menos interesante. Las hazañas de toda la vida de un don Amancio Flores podían resumirse

en quince minutos de monólogo, y ni siquiera eran quince minutos interesantes. Qué desgracia. El calor no ayudaba en nada. El tío no se daba cuenta de lo aburridas que eran sus historias, ni de lo monótona que era su voz.

Pero ya esa voz iba cambiando por otra. Ya le estaba ganando la bestia. Las palabras fueron trocadas por gruñidos, las manos se convirtieron en garras y la piel se cubrió de un grueso pelaje.

Que Dios se apiade de nuestras almas. Jamás me lo hubiera imaginado. Este cuento era de terror, y este es el fin.

FINALISTA:

“RUTINA”

de Germán Fessia

Le cuesta acostumbrarse a la imagen que le devuelve el espejo del improvisado camarín. El pequeño sombrero de copa, desproporcionado en relación con una gran nariz gastada y descolorida, enmarca una sonrisa carmesí perfecta que contrasta con el blanco del resto de la cara. De los ojos negros se desprende nítida una lágrima turquesa. El moño multicolor anuncia los tiradores que sostienen un pantalón remendado junto a los zapatos enormes cruzados por las estrías del tiempo. Todo a su alrededor le parece surrealista pero lleno de una vida que se apaga afuera de la carpa por la represión. Los contorsionistas elongan sus cuerpos elásticos entre medio de trapecistas, equilibristas y lanzadores de cuchillos. Un poco más allá el mago entretiene con un truco a un forzudo de grandes

mostachones. El rugido del león paraliza la escena por un instante mientras el domador lo amenaza con el látigo.

Se mira por última vez y piensa que es una forma original de escapar al cerco de la clandestinidad, escondiéndose a la vista de todos. La falta de apoyo exterior desarticuló la organización y la selva se terminó por tragar a los compañeros que no cayeron bajo los fusiles del ejército y el temible capitán Polo, que ganó su fama de crueldad con ejecuciones sumarias y a sangre fría. El mismo que juramentó encontrarlo aunque sea en el último rincón de este paraje tropical. Mientras repasa la rutina mentalmente agradece a su padre por haberle inculcado el amor al teatro y la militancia.

Se asoma por una rasgadura del telón y observa a los pequeños que gritan entusiasmados ante cada vuelo de los trapecistas que se cruzan peligrosamente en el aire. Alguna vez también fue un niño inocente al terror de los adultos. Mezclados entre el público descubre los trajes blancos de los jefes castrenses con sus familias ejemplares y su doble moral. Una mano fraternal lo toma del hombro y le señala con un movimiento de cabeza el escenario. Es Don Victorio, el dueño del circo ambulante, que lo recibió en su familia sin mayores preguntas y a quien le tomó un especial afecto por su bondad.

La música rimbombante anuncia la aparición de los payasos que parados en fila se desean suerte antes de empezar las disparatadas rutinas. Cuando llega su turno ingresa trastabillando torpemente y lo reconfortan las risas de los niños que bajan de las tribunas. La "cuarta pared" teatral le permite abstraerse de las otras caras que lo miran con gesto adusto e inquisidor. En un pequeño monociclo ingresa bamboleante un personaje corpulento que despierta nuevamente la ovación. Un escalofrío le recorre el cuerpo cuando descubre detrás del maquillaje y el inverosímil traje de arlequín los grandes ojos negros inyectados de furia del capitán Pol. Intenta salir hacia el otro lado del escenario y se encuentra con la figura de Don Victorio que lo mira desde arriba con una sonrisa sobradora. Le parece que la carpa da vueltas y percibe fugazmente a las personas de trajes blancos ahora si aplaudiendo de pie eufóricos. Comienza a girar en círculos perseguido frenéticamente por el otro que arenga al público cada vez más exultante. No encuentra complicidad en la cara del mimo que gesticula moviendo sus manos rápidamente para que se apure. El arlequín se contagia de la alegría general y ensaya una serie de movimientos ridículos antes de lanzar el primer golpe festejado por un coro de carcajadas que se incrementa en la seguidilla de

un ritual macabro. En el dolor y la confusión se le aparecen de manera tumultuosa imágenes de sus compañeros de lucha hasta que una brutal patada lo expulsa rodando sobre las tablas crujientes y suspira profundamente antes de abrir la jaula del león.

FINALISTA:

“VENAS ABIERTAS, PERSIANAS CERRADAS”

de Fernanda Rodríguez Briz

Una tarde de verano mi madre me dijo:

Vas a la librería y le decís a Sergio que te de la última edición del libro de Doña Petrona.

Yo dudé y debo haber *“puesto cara”*, pues ese era uno de esos libros a los que mi madre jamás se acercaría.

No te preocupes, él ya sabe.

Caminé las cuatro cuerdas hasta la avenida. El librero era un señor muy simpático de bigotes espesos que ya me conocía porque, cada vez que mi madre iba, conversaban durante un buen rato: cuatro manos nerviosas cabalgando sobre lomos y cubiertas, arañas huesudas corriendo sobre las páginas hasta detenerse en determinada línea que querían mostrarse.

Tengo lo tuyo dijo, y me entregó un paquete para

regalo . Que le salgan ricas las recetas.

Me faltó aclarar que era 1977. Y ese el fondo mismo de la cosa.

Cuando llegué a casa, le entregué el paquete a mi madre; literalmente se precipitó sobre él. Me sorprendió que lo abrazara sin abrirlo.

Le hice los honores al paquete: saqué el moño blanco, descarté el papel. No era el libro de Petrona lo que allí se escondía, era *Las venas abiertas de América Latina*. Mi madre se tumbó en el sillón y comenzó a devorarlo, hasta volverse ajena a todo.

Una tarde, como un mes después, mirábamos tele cuando sonó el timbre del departamento. Acostumbradas como estábamos a que los vecinos tocaran para pedir o devolver azúcar, huevos o papas, abrimos. Quedamos de frente a dos uniformados que exhibían una fotocopia de una foto. La foto, esa copia al menos, era un desorden indescifrable de grises. Mi madre se la acercó a los ojos para adivinar qué era y, buscando algo luz de la cocina, descubrió finalmente una cara, la de un hombre muy feo.

¿Lo conoce?

No dijo mi madre. No mentía.

Mírelo bien. Es de este edificio. Subversivo.

Ella negó con la cabeza.

Salgo tan poco... del trabajo a casa y de casa al trabajo .
Tampoco mentía.

El policía pareció satisfecho ante su respuesta, asintió como diciendo "muy bien, muy bien" recuperó su fotocopia y se fue.

Mi madre cerró la puerta y yo le dije en voz muy baja:

¿Te diste cuenta? El otro policía no dejaba de mirar para adentro. Mientras tenías la foto en la mano lo codeó y los dos miraron.

Ella se dio vuelta hacia la mesita con los libros y gritó nerviosa. Tomó el teléfono y tuvo una charla apurada, mínima, de la que solo recuerdo:

¿Sabés qué me parece? Que no buscaban a nadie, que solo era una excusa para mirar para adentro de los departamentos. Mi madre estaba alterada, sus manos temblaban como nunca. Tomó los dos libros que con seguridad habían llegado a ver los de uniforme pues estaban casi en línea recta con la puerta y los hundió en su pecho. Respiraba profundo y con ruido. Los apoyó sobre la mesa, abrió el primero y comenzó a arrancar de a una las páginas.

Ayúdame.

No le dije.

Me voló la oreja de un cachetazo.

Rompé ya, si no querés ir presa lo gritó, pero fue un grito

en voz baja.

Yo entendía. Lloraba.

Tomé el otro libro y lo abrí, era el nuevo, el de Galeano.

Este no, má.

Rompelo ya.

Y como no quise, o no pude, me lo cambió por el suyo y yo rompí aquel otro sin espiar qué era.

Pasamos como media hora achicando cada una de las páginas hasta reducirlas a astillas y luego las batimos en una bolsa negra para que se mezclaran bien. Fuimos al incinerador y les dimos un injusto, veloz, cobarde funeral. En segundos ardían fuera de nuestra vista, en algo que se parecería bastante a los dibujos del Fahrenheit.

Volvimos al departamento, y, aunque el incinerador quedaba a pocos metros, me pareció que llegábamos de un viaje extenuante. Mi madre revisó aquella mesa por arriba y por abajo buscando alguna letrita, algún puntito, una comita acaso que hubiera alcanzado a salvarse. Como no encontró nada, tomó la franela y pasó Blem, para que ni el olor a Galeano quedara.

Sergio Román, el afable librero de bigotes, no abrió nunca más. Las persianas aquellas quedaron bajas por muchísimo tiempo. Y nunca más lo volvimos a ver.

CATEGORÍA: MENORES DE 35 AÑOS

PRIMER PREMIO:

“MI PADRINO Y UN FINAL PARA NADIE”

de Branco Troiano

Antes de morirse atragantado con su propio vómito, mi padrino me repitió hasta el hartazgo que el avión era el transporte más seguro de todos. Por eso lo recuerdo cada vez que vuelo, como en este momento. Y no sé por qué, pero siempre lo recuerdo cuando su hijo, que para ese entonces le llegaba apenas a la cintura, le bajó la malla en el patio de casa y lo dejó con las carnes ahí, libres, alborotadas, como dichosas frente a un mundo nuevo y seductor. La verdad es que era un bardo mi padrino.

Fascinado, perseguí con los ojos el balanceo pendular de los huevos. Inmediatamente después me detuve en la reacción de la abuela. Si ya de por sí Mabel tenía una cara poco simétrica (a simple vista lo único que se le podía adivinar era la nariz), en ese momento pasó a ser una

especie de óvalo con formas y pliegues imposibles de recrear.

Ahí están viniendo a traernos algo para tomar. Al azafato ya lo vi antes de subir, y vi que además de tener el pelo castaño y la nariz bastante finita tiene una separación ínfima en las paletas. Permanecí unos segundos viéndosela. Y creo que él se dio cuenta: cuando le miré la cara completa estaba sonriendo (yo también le sonreí).

Me acuerdo la primera vez que lo vi mal a mi padrino, mal mal. Estaba vomitando en el sillón del living de mi casa. Vomitaba para abajo, el cuerpo tendido en el sillón y la cabeza colgando, mientras me taladraba con el tema de mis compañeras: si tenía novia y eso. Yo ni respondía.

El azafato me acaba de dejar la coca cola y está tibia, pero no le puedo decir nada porque me ofreció hielo y le dije que no, que estaba bien así. Creo que le respondí sin siquiera haber tocado el vaso. Me entretuve de nuevo con el tema de las paletas, y por eso creo que también noté que tiene un lunar muy, pero muy chico en la pera.

Ese día que vi por primera vez vomitando a mi padrino, me acuerdo que desde el sillón me habló de las formas que se pueden hacer con el pito. Entre la posición y el pedo que tenía, cada frase le costaba muchísimo. Así todo, me habló del pito mosca, pito espada, pito arco y flecha,

pito hongo y varios más. Del pito mosca es el que más me acuerdo porque intentó graficarlo con los dedos. Primero me preguntó si yo quería ser de modelo, no sé, intentar la forma con mi pito y mis huevos, pero le dije que no. Entonces empezó a mover los dedos y a contarme cómo era que la mosca iba tomando forma. Nunca llegó a ser una mosca. Primero porque yo no entendía nada y segundo porque en el medio de la explicación se quedó dormido. Lo otro que me decía era que mi profesor de Lengua era gay. Que se la come, que mirá cómo camina, que tiene la voz de puto reprimido, que averiguá si tiene novio. Pero no le daba importancia.

El día que murió era sábado. Yo me había levantado no me acuerdo bien a qué (llegué al living, así que supongo que iba a la cocina). Era muy temprano. Lo único que se escuchaba era el canto de algunos pájaros que el vecino tenía en unas jaulitas.

Él estaba ahí, tirado en el sillón, mi padrino. Vi que estaba quieto, como petrificado, y boca arriba. Tenía la boca un poco abierta y adentro se podía ver como una piletita de vómito. Me acerqué para ver si respiraba, todavía con el temor de que de un momento para el otro salte como loco. No saltó ni se movió, nada. Me arrodillé y le toqué el cuello como hacen en las películas y nada. Me levanté.

Estuve unos segundos mirándolo. Me agaché y le toqué las costillas con un dedo. Lo toqué varias veces más, con fuerza. Le moví todo el cuerpo, siempre con el mismo dedo. El cuerpo se balanceaba, pero nada. De repente un hilito fino del vómito empezó a caerle por los costados de la boca. Ahí dejé de tocarlo. Creo que me dio asco, o no sé, no sé.

Lo único que se seguía escuchando era el canto de los pájaros, y me gustaba. Entonces me levanté y, en absoluto silencio, me acomodé las pantuflas y fui de nuevo para mi cuarto.

PRIMERA MENCIÓN:

“BRINDIS”

de Matías Juan Molfino

Yo me sentaba así. Recta la espalda, alto el mentón. Los brazos apoyados sobre la mesa, intercalando dedos. Mientras tanto, y como siempre, el tío Eduardo hablaba antes del brindis familiar. Él se levantaba, un poco encorvado, sosteniendo su copa de champagne bien alta. Empezaba a hablar; primero sobre los motivos que nos reunían a todos. El “amor familiar” ¿Amor familiar? Yo la quiero a la vieja. Y a muchos otros. ¿Pero amor familiar? La veo a mi hermana, con el pelo enrulado y sus colitas amarillas, saltando en un manto verde infinito. Al primo Hugo, leyendo un libro sin nombre bajo una sombra perdida. Varias figuras más, sin rostro fijo, que juegan o charlan algo. De un momento a otro, el tío aparece con los ojos redondos y rojos, una sonrisa torcida y me dice que

vaya a lavar los platos. Yo, temeroso, le digo que estoy cómodo en la reposera al sol. Cachetazo. Puteadas. “Los hombres hacen las cosas en esta familia, y no contestan”. Parpadeo. Lo veo a Eduardo contando el chiste de siempre. Siento que todos esperan que yo me ría. Estoy en la cabecera, porque me gusta desafiar cuestiones que parecen estúpidas. Recuerdo esa vez que me preguntaron qué hacía sentado en ese lugar. Ahí va la abuela. Dejela que tiene la silla cómoda. Se la dejo. Sé que a Oma no le importa estar sentada allá o acá. Ella siempre tan blanca y prístina.

Siempre con arrugas, cuando la pienso o la veo. Siento que es lo mismo. Se me plantan un par de adultos. Qué quién soy yo para andar reclamando un lugar importante como ese. El nieto mayor. O nadie, no importa. Los lugares están para ser ocupados. Lógica pura o rebeldía vana. El tío sigue disertando. Yo estoy igual, me siento como una muralla. Porque no me reí, y no bajé la vista.

Eduardo siempre decía que yo era un rebelde sin causa. Que me quería, pero le asustaba mi futuro. Para ellos, uno vive de saco y corbata, con pala en mano y en movimiento. No como yo, desprolijo, sucio o roto, sin un trabajo estándar. Ahora se debe venir alguna anécdota, corroborada por la tía Cuca. La tía, que no es tía. Esas personas que uno no

sabe de donde salieron, y están en todas. En cada foto vieja, con hombreras y un peinado inexplicable. Ya ni sé si es amiga de alguien, o se quería voltear a alguno y quedó por pura insistencia o fe poética. Está en varios recuerdos, tan cerca de todos. Y tan lejos, también; hablando de negros de mierda o ropa de calidad. Yo una vez le pregunté a mi mamá por qué estaba esa mujer entre nosotros. Me dijo que uno tiene que saber apreciar, en contra de toda distancia. No sé. Todos tenemos algo en común. Sangre, ideas, gustos, lo que sea. Pero no te puedo abrazar si lo que nos separa es algo que duele.

Siento llegar ese momento cruel. El tío brinda por todos nosotros y me pone la copa enfrente. Yo no me quiero mover. Porque se me vienen a la cabeza todas esas cosas que siempre dice. "Aprendé", "Silbá bajito y no preguntes", "No levantes la voz". Imágenes de todos los presentes sacándole el cuero. La distancia, para mí, es inabarcable. Yo quiero a muchas de estas personas, aunque no den ganas. Las caretas están pegadas a la piel, y debe costar arrancarlas. La veo a mi hermana. Me acuerdo de sus colitas, de su sonrisa de pocos dientes. O cuando creció, y nos cagábamos de risa hablando de los tíos. Como se le plantaba cuando algo le parecía injusto. Ahora está mansa, se ríe al ritmo. Debe ser porque le consiguieron

trabajo y le bancaron los estudios. Y Cuca le compra cosas caras. No sé. Quizás a mí me gusta pelear contra la marea. Yo no quiero que me regalen nada. Si les das la mano, no te agarran el codo. Te saltan al cuello. Llevá trae y hacé. No hagas, no digas, no pienses.

Aplausos. Un golpe de cristales. El tío me señala; “¿El revolucionario no va a decir nada?”. Me río, y no hablo. Lo mataría a puteadas, pero a alguno de estos los quiero. A papá le va a doler. La Oma se muere. Ya fue. Que el silencio ocupe el espacio. Que marque esa distancia inabarcable.

SEGUNDA MENCIÓN:

“EN EL BALCÓN”

de Camilo Romero

En vano, el sol intenta traspasar las pesadas nubes en este mediodía de abril. Parecen las siete de la tarde de un domingo en la ciudad, en el departamento, en mi balcón. A mi lado, mi hermano, apoyado contra el ventanal de vidrio con el cigarrillo en la boca, se hace carpa con una mano. Con la otra, guía la llama hacia la punta del *L&M*. Lo prende y me dice algo que no llego a escuchar. Larga el humo.

—Si vas para el hospital —me repite.

—Sí, ahora me tomo el bondi, la paso a buscar a Paula por lo de la vieja y voy con ella. Vine a ducharme nomás, para ver si así me despabilaba un poco—. Veo que sin querer está apuntando con el cigarrillo hacia el interior del departamento. —Tirá el humo para acá afuera; llenás

toda la casa de olor.

—¿Estás sin dormir?

—Más o menos.

Da otra pitada. Esta vez me hace caso. Al igual que yo, tiene la vista clavada en la calle, que increíblemente a esta hora está desierta.

—¿Sabés en qué pensé el otro día? —me dice de la nada—. En todas las veces que jugamos acá en el balcón y la pelota se nos fue para la avenida. —Fuma otra seca—. Tuvimos suerte, ¿eh? Nunca le partimos la cabeza a nadie ni abollamos ningún auto.

—Mal.

Me ofrece una pitada, pero le digo que no.

—Y eso que son diez pisos. Tranquilamente podés “dormir” a alguien de un bochazo —agrega, todavía impresionado.

—Fue suerte, no sé.

—Igual, yo era el arquero. Era mi culpa.

—Vos apenas tenías cinco años. Si pasaba algo, ligaba yo.

—Era una pelota Adidas, ¿no?

—Era Adidas.

De nuevo me ofrece su cigarrillo, pero antes de que le diga que no, lo vuelve a fumar.

—Tendríamos... no sé, igual cuando vos puedas. —Su voz acaba de cambiar, pero creo que es por el humo que aún

no larga. Juega con la ruedita del encendedor, espera y recién ahora suelta el humo—. Digo, tomarnos una birra acá, como antes; charlar de papá o de las vacaciones en la costa cuando éramos pibes, no sé.

—Sí —le digo—, sí. Apenas pueda te aviso.

—Fue re linda época esa —dice y tira la colilla hacia la calle—. Gran infancia.

—Gran infancia —repito—. Eras buen arquero.

Medio apurado, le doy una palmada en el hombro y me despido de él. "Cualquier cosa, te aviso", le digo y arrimo la puerta de entrada, pero, justo antes, su voz traspasa la madera.

—¿Ya saben con Paula cómo se va a llamar? —sin verlo, noto que está sonriendo.

—Todavía ni sabemos el sexo, boludo.

Se ríe. Cierro la puerta y llamo el ascensor. Tarda, aunque no sé si más de lo habitual. Bajo los diez pisos por escalera. Llego a la parada. Sé que mi hermano sigue ahí, en el balcón, estoy tan seguro. Viene el bondi. Antes de subir, me doy vuelta, y ahora soy yo el que observa desde la calle hacia arriba. Busco a mi hermano haciendo de arquero, a mí mismo pateándole un penal o a la pelota Adidas volando hacia la avenida, pero no veo nada. Ya no hay nadie.

FINALISTA:

“EL COLOR DE LAS AMAPOLAS EN ENERO”

de Fabiana Angela Duarte

Cuando Evaristo dejó el té sobre la mesita, Amelia lo agarró del brazo.

¿Usted también lo vio, verdad?

Ella estaba sentada en la galería de la estancia, a oscuras.

Era finales de agosto, el viento norte soplabla con fuerza.

Un escalofrío la recorrió completa, se cubrió la espalda

con el poncho de alpaca. La luz de luna delineaba sus

ojos claros, las cicatrices en los brazos. Había salido de la

casa luego de la cena, bajó al parque descalza. La grava

húmeda mordía sus pies desnudos. Caminó unos pasos,

ayudándose con el bastón de tres patas. Miró a la negrura,

y oyó el grito de una lechuza a lo lejos. Y ahí lo vio, lo vio

correr ardiendo. Y sintió una vez más el olor rancio a carne

quemada.

—No, señora. No vi a nadie.

El criado se soltó y dejó el tarro de miel a un costado. La camisa blanca le flameaba al igual que el pelo. La miró con ojos rasgados y se fue.

Amelia hundió la cuchara en la miel, un hilo interminable se extendió flexible en el aire. Lo mantuvo haciendo maniobras en contra del viento que no sosegaba en su furia.

Una súbita quietud y todo se precipitó en su cara.

Escupió el pelo pegajoso, justo cuando el viento cobró vida nuevamente. Latigazos canosos embadurnaron la cara arrugada y sus ojos.

—¡Evaristo!

Él se acercó y le ofreció una servilleta.

—Hasta qué hora piensa estar aquí afuera?

—Quiero estar preparada.

—¿Preparada para qué? Puedo encender la farola de la galería...

—No por favor. Tengo motivos para avergonzarme.

—Este viento trae cosas extrañas. Será mejor que entre a la casa.

—Sé que mis huesos se achicaron y se llenaron de carne, y que mi mente se puso vieja y lenta. Puede que él no me reconozca, pero yo sí.

Se quedó meditando en silencio.

—¿Puedo pedirle algo, Evaristo?

—Diga.

—¿Puede dormir conmigo?

Aquella noche, ella y su hijo caminaron por el parque. El niño corrió delante de la madre, quería esconderse entre los abedules. No temía a la oscuridad. Estaban lejos de la casa cuando comenzó el viento áspero. Amelia lo tomó de las manos y jugaron a la ronda, quizás para olvidar por un rato, que su marido quería abandonarlos. El niño volvió a alejarse solo unos metros.

Lo primero que Amelia vio fue una luz sobre la cabellera rubia de su hijo, luego de los ojos y de la boca emergieron rayos luminosos. El grito que salió de su garganta se expandió por el parque y espantó a los pájaros nocturnos. Quedó estaqueado en la tierra, envuelto en una llama naranja azulada que iluminaba su piel, que parecía de marfil. De rodillas y aturdida vio como la grasa de la cara de su hijo caía a gotas, mientras la ropa se le encendía como la mecha de una vela. Corrió a su lado y al abrazarlo, sintió su exhalación ardiente por última vez.

Tardaron meses en sanar sus quemaduras, en ese tiempo muerto, el marido finalmente se marchó. En el pueblo la trataban con desconfianza, siempre murmurando a sus

espaldas.

—¿Qué dice, señora?

—Quiero que se acueste conmigo para conversar, hace frío. Él vendrá por mí estoy segura. Preferiría no estar sola cuando eso suceda.

Evaristo se lavó los dientes en el cuarto de baño. Su pijama a rayas estaba limpio, olía a lavanda. Había limpiado toda la casa, y había cambiado las sábanas. Todo parecía normal, salvo que nada era normal. Amelia cepilló su cabello sentada en la cama, se puso perfume detrás de las orejas. El camisón le llegaba a los tobillos. Se acostaron uno junto a otro, preocupados por no tocarse.

Hablaron del balido de las cabras de la granja contigua que, arrastrado por el viento norte, ingresaba por la ventana, parecían llantos de niños. Del color de las amapolas en enero. De cómo hacer un buen soufflé de queso. De pronto, Amelia dijo si creía en los pecados. Si los pecados se pagaban en vida. Él no contestó, le preguntó si quería dejar la luz encendida.

FINALISTA:

“EL CUERPO Y EL SUEÑO”

de Santiago Camaño

Inmediatamente se dio cuenta que estaba soñando. No fue por alguna revelación del inconsciente ni por alguna relación con el estudio de la psicología, fue más bien un destello de inspiración. Estaba sentada en el tren, en el asiento que daba al pasillo, cuando el sueño la capturó. Sintió un dolor represivo en la cabeza, como un pulpo latiéndole en el cráneo; las extremidades se le dormían poco a poco, también.

—¿Querés agua? —le dijo una señora muy parecida a su abuela—. Estás muy pálida, nena.

Ángeles asintió secamente. Bebió el agua y se mojó la cara esperando que eso la despertara. La señora permaneció en silencio y después de unos minutos abandonó el vagón. Ángeles aprovechó la soledad para pensar. Ya sé que estás

soñando, se decía para sí misma, estás volviendo de la universidad, en diez minutos vas llegar a Ciudadela y ahí te levantas que mamá va a estar esperándote dentro del auto para ir a casa.

La tranquilizó esa inocente secuencia de acciones. Estaba esperando (la ansiedad comenzaría a actuar en cualquier momento) el instante previo a la vigilia, ese momento en que todo se oscurece para después abrir los ojos y despertar dentro del tren. Después bajaría y buscaría a su madre en la estación de servicio como todos los días. Se subiría al auto y sentiría el radiante calor de la calefacción con la esperanza de que le devolviera la vida. Después de tomar una sopa caliente, se acostaría en su cama y se cubriría con las frazadas hasta la cabeza para quedar a oscuras, como si estuviera en un ataúd, y estaría tapada y calentita, lista para dormir.

La alejaron de sus consoladoras conjeturas un anormal tambaleo del tren y una violenta presión en su entropierna. Sospechó que esos dolores provenían del mundo soñante, no del soñado. ¿Dónde estoy?, pensó mientras intentaba reconstruir su día, estaba en el tren, volviendo de Psicoanálisis I, nueve en punto de la noche. ¿Estaba volviendo? ¿Estoy en el tren? ¿Dónde está mi verdadero cuerpo? ¿Desde dónde estoy siendo soñada? Reconoció

a algunos pasajeros del verdadero tren en ese sueño que poco a poco comenzaba a transformarse en pesadilla. Ahora empezaba a dolerle la garganta, como si hubiera gritado un alarido. Desde lejos, todos la observaban con cierta obscenidad camuflada de adulación. El tren se sacudió nuevamente, un ir y venir violento, como una colisión repetitiva y constante.

El miedo y el dolor se precipitaban como la garúa que caía fuera del tren. Sintió una última y letal presión en el cuello y un par de golpes en la cara y en los labios; algunas quemaduras, quizás. Quiso inhalar pero solo sintió el olor a basura y carne podrida. Se dio cuenta, en esos últimos segundos de agonía, mientras evocaba el recuerdo de su madre en la estación de servicio, que estaba siendo la protagonista y la espectadora de una de esas cosas que había visto por televisión y que no podía entender.

FINALISTA:

“EN EL MISMO LUGAR”

de Nahuel Billoni

No sé cuánto tiempo pasó porque no tengo reloj. Las nenas no usamos reloj, pero yo sé leer la hora. La aguja larga señala la hora y la pequeña los segundos. ¿O es al revés? Sí, me confundí, es al revés: la aguja pequeña marca la hora y la grande los minutos, no los segundos, a los segundos los marca la aguja finita. Igual ahora no importa porque no tengo reloj y desde acá no puedo ver ningún reloj. Pero me doy cuenta que ya pasó un rato largo. Bastante tiempo pasó, porque hay sombra donde antes no había y eso es porque el sol se mueve. Todo eso –lo del reloj y lo de la sombra– me lo enseñó mi maestra. Se llama Ana Inés y es muy buena con nosotros y el viernes si nos portamos bien no nos da tarea para el fin de semana. Yo al señor le hice caso, estoy sentada, como él me dijo.

Parecía bastante serio el señor. ¿Por qué iba a mentirme? Los adultos no mienten, como dice mi papá. Y si mienten, se les nota rápido. Yo me doy cuenta enseguida cuando alguien me miente, más si es grande. El señor fue claro: si te levantas del banco te va a caer un rayo. Dijo eso y se marchó. Me dejó sola. Pero no me moví, sigo acá sentada. El señor no dijo que iba a regresar, sin embargo pareció muy serio en sus palabras. Un rayo. Nunca vi un rayo pero sé que son tremendos, muy poderosos. Los platos voladores tiran rayos. Las pistolas de las películas que ve mi hermano tiran rayos. Creo que los dioses tiran rayos pero no estoy tan segura. Mi abuela a veces dice “rayos y centellas” para contar algo fantástico, algo fuera de lo habitual, pero mi abuela suele usar frases raras. Soy una nena, pero no soy ingenua. Sé que los platos voladores no existen, que las películas son de mentira y que Dios hay uno solo y no tira rayos. Tiene la barba muy larga y nos mira desde el cielo. Él me debe estar mirando ahora. ¿El sabrá si el señor dijo la verdad? En fin, lo que quiero decir es que soy inteligente. Y sé el significado de “ingenua”. Seguro que todos los chicos que están dando vuelta en la plaza no tienen idea de qué significa “ingenua”. Pronto va a anochecer pero no sé si puedo moverme. Me duele un poco la espalda de estar sentada en el banco durante

tanto tiempo. Y no traje abrigo y está refrescando. Y tal vez mamá esté preocupada. Siempre le hago caso, ella me dijo que no vuelva tarde y no voy a poder volver temprano. ¿Pero si el señor me dijo la verdad y me cae un rayo? Más se va a preocupar si se entera que me cayó un rato. Yo le hice caso al señor. ¿Pero cuánto tiempo más tengo que aguantar? Estoy aburrida. Y tengo hambre. Y también tengo algo de miedo, pero no prefiero pensar mucho en eso. Bueno, espero un rato más para ver si pasa algo, tal vez el señor vuelve y dice que me puedo ir.

FINALISTA:

“SIGUIENDO EL SURCO”

de Juan Ignacio Randle

Cada vez que nos pasa una camioneta, puedo adivinar si son lugareños o no. Los que frenan la marcha antes y nos ganan despacio, viven en el pueblo. A lo sumo son de Los Álamos o de Piedra Vieja, que está a 86 kilómetros de acá. Cuando el polvo nos envuelve quedamos ajenos al tiempo. El remolino ocre me reseca aún más los labios. Mi boca sangra, como esta tierra que dejé de gurí. Aparte del motor, solo escucho el tartamudeo metálico. Son turistas. Yo por mi parte, ya no sé a dónde pertenezco. A mi bota le queda un trago nomás, una sopa con gusto a cuero. Se lo tiro a la Lobuna en la cabeza, ella lo necesita más. La palmeo en el cuello. —Un esfuerzo más, mi vieja, que ya llegamos —le miento. Miro el suelo resquebrajado. Esas grietas saben de

tormentas pero nada de lluvia. Sobre el camino se proyecta el vuelo de un aguilucho. Atraviesa nuestra sombra, que es un embrollo de bártulos y petates. De tanto en tanto me cruzo a otros jinetes. Inclino mi boina y me devuelven el saludo. Del otro lado del alambrado, las vacas se apretujan debajo del único árbol. Solo les queda espantar las moscas y esperar.

A lo lejos las sierras son muros que recortan el cielo. Un todo bermejo. No hay textura que perturbe tanta inmensidad. Los relieves son pura trama. Estructuras que insisten, moldeadas sin imagen ni semejanza. Poco a poco vamos entrando al abra y quedamos resguardados del viento. Al sol puede resultar un alivio, pero su constancia lo vuelve loco a uno. Hay algo en esa tenacidad que inquieta. En cada ráfaga me agarro hasta con los dientes. —Calma linda, solo sopla fuerte —grito aunque poco se escuche.

Una vez en el abra compruebo que estoy equivocado. En los escombros yacen retoños secos. Los enebros buscan su lugar entre las rocas pintadas. La mano del hombre y la obra de la naturaleza, se enciman unos sobre otros. Salvajes. El cardo y el botón de oro son tan solo detalles en este territorio que sabe de violencia. *Yuyos y paja vizcachera, el espinillo junto a las cortaderas*, dice el

payador. Todo es yesca, como uno mismo. Tanta esencia y aun así todo estéril.

Llega la tarde y nosotros no. Atrás quedó el monte, ahora morado. Paramos un rato junto a un arroyo. Nos bañamos y bebemos. Corro la arcilla y las algas del agua para poder abastecerme. Me siento sobre las piedras cubiertas de líquenes y encuentro cuarzos pequeños entre las hojas del berro. Tomo uno, lo lavo y lo guardo. A la vieja le va gustar para los canteros.

Vuelvo a ensillar. Los estribos siguen calientes y el cojinillo húmedo. Pienso en la ironía detrás de la palabra recado. Después de todo no estoy llevando nada a casa, solo historias de trabajo y desesperanza. Tal vez respuestas que la sangre no debería precisar. Tomo las riendas y andamos de nuevo.

Ya de noche nos acercamos a la tranquera. Al pasar, las luciérnagas son asombrosas, pero iluminan poco. No hay luna y la llanura se encuentra espesa. Intento ir por el camino, evitando el pasto alto. Algo ha cambiado. ¿Por qué hay tanta tierra sin labrar? Me distraigo con las estrellas y de pronto estoy de cara al piso. El relinchar asustado me hace desestimar el golpe. Me levanto y veo una yarará. La muy guacha agazapada en espiral para atacar otra vez. Le tiro un tronco y vuelve reptando hacia el pajonal.

La Lobuna está fuera de sí. Sigo el camino a pata, ya sin respiración, hasta la casona que alguna vez llamé hogar. Entre los dos faroles la puerta se abre.

—¡Dios santo! ¡Pedrito!

—Mamá, perdón que aparezca así —la abrazo fuerte—.

¡Viejo, necesito ya tu revólver!

—Ay, mi vida. Entrá y sentate.

La miro y en sus ojos no hay pulso.

—Tu padre no está.

Parado en el umbral escucho, a lo lejos, el sufrimiento de mi yegua.

FINALISTA:

“TANQUE”

de Elisa Mayorana

Te vi, Negro. Esta mañana te vi, como todos los días.
Te adelantaste al sol frío del invierno y preparaste la pava
para tomar unos mates con la Claudia.

Habías dormido mal, con el Nico atravesado en medio de
la cama. Te dolió la espalda, seguro. Durmieron los cuatro
así; la chiquita también, pero al Nico no lo pasaste porque
en esta época hace frío y no querías que se enferme. Sino
no va a poder ir a la escuela y le va a dar hambre.

Y mientras tu silueta se paseaba inquieta, la escuché a la
Claudia llorar.

—No hagas ruido —le dijiste— vas a despertar al pibe.

Saliste con el gorro azul, los guantes y la campera que te
dejó el viejo ¡Si te viera el viejo...!

¿Qué otra cosa harías? ¿Quedarte? No podés.

Me revisaste para ver si había mejorado, pero notaste que ya estaba infectado.

—Te vas a poner bien, Tanque, —me dijiste—. A la tarde te traigo algo.

Pero igual tenías que salir. Es lunes: hoy se trabaja el doble y lo sabés, pero pensás cuánto vas a poder cargar en ese que es más chico ¿Cuánto vas a poder agarrar sin que duela demasiado?

Te vas, sin saber que no nos veremos, porque yo también me estoy yendo. No quiero dejarte, y te llamo para que me veas y lo sepas.

A vos, Negro, que tan bien me cuidaste desde aquella tarde cuando en el hipódromo me daban a descarte, te agradezco. A pesar de todo, gracias.

FINALISTA:

“TIN-TÁ”

de María Laura Escobar

Ana se da vuelta en la cama. Saca la almohada y hunde la cabeza directamente en el colchón. Juan se mueve para alcanzar algo. Le levanta la remera y Ana siente la punta fría de una lapicera hundiéndose suave en su espalda. Se concentra en cómo reacciona su cuerpo a la punta que la recorre imprevisible, erizándole la piel. Trata de no preocuparse por el hecho de que ahora tiene toda la espalda dibujada, ni si la tinta le va a manchar la remera, justo que es nueva. Se concentra en cambio en la sensación que le causa, como cuando uno tiene fiebre y le duele la piel.

Ana terminó de escribir, cerró todos los libros y descansó contra el respaldo de la silla. Ya había estudiado bastante, desde que Juan había empezado a ensayar. En la cocina se

oía lo que estaban tocando en la salita, pero cuando hacían una pausa Ana llegaba a oír la música de los festejos del carnaval, ahí a dos cuadras. Quizás si Juan se recuperaba rápido del ensayo podrían acercarse a escuchar las bandas de cumbia que iban a tocar más tarde.

Ana se sacó los anillos, tenía las manos hinchadas. Las apoyó sobre la mesa y las extendió. Tenía una mancha de tinta en el borde de la mano izquierda. A Juan no le gustaba que tuviera las manos manchadas de tinta. Se levantó y fue al baño para lavarse y que no quedaran rastros, lo que le llevó varios minutos y mucho jabón. Las manos se las secó en el pantalón porque en esa casa nunca, desde el día en que Juan y los otros dos se habían mudado, habían lavado la toalla.

Ana esperó aún sentada en la cocina a que Juan se despidiera y cerrara la puerta.

—¿Querés el último mate?

—Bueno —Juan se tomó el mate frío—. Le voy a dar de comer a los gatos antes de que oscurezca del todo. ¿Venís? Al parecer, hacía dos días una gata del barrio había elegido justo el patio de Juan para tener sus crías y después abandonarlas. Esa misma tarde Juan había comprado suplemento de leche materna para gatos en la veterinaria y reemplazado a la madre ausente.

Juan salió al patio. El sol ya se había escondido, pero todavía había luz. Entre unos escombros asomaban nueve gatitos, tan minúsculos, tan raquíticos, tan pelados y feos. Lloraban con la boca, porque de sus gargantas no salía sonido. Juan sacó una botella de plástico y dos jeringas sin agujas de entre las macetas.

—Bueno, llenás la jeringa con el suplemento, agarrás uno y le vaciás el líquido en la boca.

Juan se agachó, levantó un gato y luchó para abrirle la boca. Ana lo imitó. Su gato tenía mucho miedo. Le clavó las garritas diminutas en la mano y ella gritó. Estaba perdido, luchaba por liberarse de la mano que lo apresaba y al mismo tiempo se aferraba a ella con todas sus fuerzas, hundiéndose más y más en la carne.

Juan ya iba por el segundo y el olor a vómito del suplemento llenaba el patio.

—No puedo, no se deja. Además, mirá, me está ¡ay!

Ana miró hacia abajo. Un gatito le estaba trepando por las piernas y dos más lo seguían. Los miró trepar sin saber qué hacer. Intentó desclavarse las uñas del gato que tenía en las manos, pero al moverlo le arrastró las uñas, que le dejaron tres cortes largos en la palma. Se vio brotar la sangre pero no podía hacer nada mientras sostuviera el gato con la otra mano. Uno de los tres escaladores ya le

había llegado a la unión entre la pierna y la cintura. Le dolían los cortes, le lloraban los ojos, le trepaba un nudo por la garganta. Ya estaba oscuro y no veía nada por el llanto mudo. Sintió sin moverse cómo los gatitos subían y subían, la recorrían, le erizaban la piel, y no sabía hasta dónde iban a seguir. La trepaban y ella quería arrancárselos. Uno llegó al cierre del pantalón. Otro con uñas más largas le atravesó el corpiño y ¡ay! se colgó directamente de la piel. Ana instintivamente se llevó las manos a la cara y después sacudió los brazos como látigos para sacarse la impotencia de no poder moverse, de no poder hablar, sacarse la angustia, la bronca, la sangre. Salió proyectado el gatito que tenía en la mano. Se estrelló contra la pared y cayó muerto al piso.

—Lavate las manos, Ani, tenés tinta.

FINALISTA:

“VIDA”

de Paola Andrea Rinetti

Curvó crónicamente su cuerpo durante varios segundos. El movimiento continuo y de forma ascendente le permitió superar la fuerza de gravedad e impulsarse hacia arriba, saliendo a la superficie. El aire lo envolvió.

Reptó y se arrastró durante varios minutos por aquél terreno húmedo e irregular, sin perder de vista la meta a la cual se dirigía. Tenía el cuerpo débil y bastante golpeado, por lo que debía de ser muy cuidadoso respecto al entorno circundante: cualquier mínima presencia era enemiga y peligrosa, y no estaba en condiciones de huir con rapidez y eficacia.

Cada centímetro de suelo que dejaba atrás se cobraba un poco de su energía. Las raíces, el humus y todos los elementos constituyentes del terreno por el

cual se arrastraba, parecían afirmarse a él sujetándolo e impidiendo que avanzara.

Contra todos los pronósticos continuó hasta dar exitosamente con la pronunciada elevación que se desplegaba frente a él.

Eligió uno de los extremos, el menos pronunciado, para iniciar su recorrido de forma ascendente. Una vez que abandonó la oscura y granulosa superficie que lo había llevado hasta allí, comenzó a subir, afirmándose fuertemente a esta nueva área.

A medida que avanzaba la pendiente se volvía más pronunciada. La dificultad en el traslado aumentaba, al igual que el miedo por perder la compostura y caer. Pese a esto, el terreno se encontraba completamente despejado y el apacible clima brindaba una noche cálida y calma, por lo que estas variables a su favor lo impulsaban a continuar y no desistir en su intento de llegar a lo más alto.

Pronto, divisó la cima. Con las últimas energías de las cuales disponía, se arrastró hasta la cumbre y rodó hasta dar con un sector más blando y ahuecado que el resto. La superficie era rojiza y laxa, y parecía ser lo suficientemente profunda como para resguardarse durante un buen tiempo. Acomodó su cuerpo boca abajo y comenzó a ingresar en la abrigada cavidad.

Repentinamente comenzó a oír golpes y estruendos, que muy rápidamente se volvieron más claros y cercanos. Apuró su velocidad de excavación intentado aislarse del peligroso y estridente entorno.

Un fuerte golpe se descargó sobre él: lo estaban atacando. El impacto lo desestabilizó e interrumpió su ingreso al hueco protector. Rodó unos pocos centímetros cuesta abajo hasta que pudo detener la fuerza descendente y afirmarse nuevamente a la superficie. Estaba lastimado; el ataque lo había herido gravemente.

Intentó escalar nuevamente, esta vez a mayor velocidad para llegar cuanto antes a la cima debido al peligro, pero un segundo embate aún más violento que el anterior lo embistió y quebró su cuerpo en dos partes. La agresiva fuerza lo arrancó de la empinada elevación y arrojó con violencia hacia la húmeda superficie, para luego cubrirlo pesadamente y por completo hasta extinguir su vida.

El policía retiró su bota de la húmeda tierra atestada de insectos en la cual se había hundido, al tiempo en que gritaba con desesperación el nombre del forense y quitaba con ambas manos los cientos de gusanos que cubrían las heridas abiertas y sangrantes de la muchacha que yacía tendida y desnuda sobre aquel patio trasero, asesinada.

